

irregularidad manifiesta en la forma de introducir los resúmenes de las historias: unas veces los ubica en el cuerpo del trabajo (pp. 104-105 y 109-110); otras, en notas a pie de página (pp. 27, n. 9; 66, n. 3; 114, n. 2), sin que ello sea óbice para insertar resúmenes de relatos secundarios en el texto (pp. 20-21; 23; 68-69; 99-100; 104). Finalmente, repite *ad litteram* parte de una nota a pie, en dos ocasiones; compárense las correspondientes a los números 18, p. 32, y 7, p. 118. Entre las razones por las que creo que vale la pena leerlo —de las cuales también he enumerado ya algunas— está el ser una sistematización completa, desde el punto de vista cronológico, de la novelística de Bioy Casares.

JOSÉ MIGUEL SARDIÑAS
Casa de las Américas

MARÍA TERESA COLCHERO GARRIDO, *Filtros, burbujas y brebajes: alquimia de la novela de Carlos Fuentes*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1995; 105 pp.

En su análisis de 1989, Ingrid Simson (*Realidad y ficción en "Terra Nostra" de Carlos Fuentes*, Frankfurt am Main) menciona una "pequeña cantidad de trabajos logrados [que] no mejora mucho la situación miserable de la investigación sobre *Terra Nostra*". Según el parecer de Simson de los cuarenta y dos libros que reseña, apenas una media docena contribuye sólidamente a este subcampo del vasto terreno analítico dedicado a las obras de Carlos Fuentes. A la cantidad de estudios que Simson ve como poco logrados tendría que incluirse el que se reseña en el presente ensayo.

Filtros, burbujas y brebajes se dedica sólo en parte a *Terra Nostra*, y sus observaciones sobre este texto no se vinculan explícitamente con la parte inicial del estudio. El primero de los dos capítulos del libro pretende especificar una poética de la novela de Carlos Fuentes. No está claro por qué el proyecto de este texto se organizó alrededor de un capítulo teórico que no menciona *Terra Nostra* y de un capítulo crítico cuyo enfoque sobre novela en ningún momento se ve como ilustración, por ejemplo, de la teoría de la novela que se acaba de abordar. Parece haberse hecho un libro que en principio se podría escindir en dos textos autónomos. El planteamiento del propósito teórico interesa porque el multifacético Fuentes ha incursionado tanto en el ensayo literario como en la novela y el cuento. Ya que en México y otros países hispanoamericanos el escritor suele ser también crítico y teórico, y ocupa un sitio enorme en el panorama intelectual de la América Latina, Colchero ha acertado al fijarse en el aspecto teórico de la producción fuentiana.

Para su "búsqueda de un marco conceptual", Colchero se vale principalmente de cuatro ensayos de Fuentes: *La nueva novela hispanoameri-*

cana (1969); *Casa con dos puertas* (1970); *Cervantes o la crítica de la lectura* (1976) y *Valiente mundo nuevo: épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana* (1990). El primer problema surge cuando se lee que *Valiente mundo nuevo* es “el último libro de ensayos de... Carlos Fuentes” (p. 14). *Valiente mundo nuevo* es de 1990, y en el intervalo aparecieron *El espejo enterrado* (1992) y *Geografía de la novela* (1993). Este último debía interesar mucho a la autora, porque reúne y pule comentarios anteriores de Fuentes sobre el discurso novelesco.

En la introducción, Colchero advierte que su metodología será documental (p. 7). Es de lamentar que siguiera tan al pie de la letra esta advertencia. Las cuarenta y nueve páginas dedicadas a la “Teoría de la novela” según Carlos Fuentes, carecen de síntesis; en cambio, contienen largas cadenas de extensísimas citas textuales, presentadas sin especulación y, las más de las veces, de teóricos como Octavio Paz, Georg Hegel, Roman Jakobson, José Ortega y Gasset y Georg Lukács. No es claro cuándo Colchero está citando a estos autores como influencia sobre el pensamiento de Fuentes; cuándo se trata de la voz de Fuentes y cuándo ella está haciendo afirmaciones propias. Las redundancias plantean preguntas en lugar de esclarecer puntos previos. Lo mismo se diría del manejo incierto de términos teóricos como “sujeto” y una tendencia a afirmar con generalizaciones vagas lo que no se demuestra con detalle preciso. Por ejemplo, la citada revaloración del pasado indígena por los “nuevos narradores”, dice Colchero, “es justamente... [la] que los hace diferentes” (p. 24). Me pregunto ¿en qué sentido “diferentes”, de qué o de quiénes? La autora afirma, a partir de un enunciado de Fuentes dedicado a Borges (en el que dice que éste “asume el lenguaje como invención y por lo mismo [empieza] por no mentir”, p. 26) que “el lenguaje borgiano es el lenguaje de la imaginación y de la ficción”. El lector de Colchero tiene que salvar por su propia cuenta un aparente abismo (i)lógico entre las frases “invención”, “no mentir”, “imaginación” y “ficción”.

Semejante vacilación rodea las ideas en sí. Coincido con Colchero cuando considera, por ejemplo, la importancia del teórico ruso Mijaíl Bajtín para Fuentes. Sin embargo no aclara que el concepto de la cronotopía (o cronotopo) en Fuentes se deriva directamente de Bajtín. Por otra parte, el lector busca en vano fechas que lo ayuden a saber si esta supuesta teoría de Carlos Fuentes se desarrollará a lo largo del tiempo.

Aunque la autora sostiene que su propósito es especificar la teoría de la novela de Carlos Fuentes (pp. 8, 48, 51 y 52), su discurso no identifica ni ilustra aspectos que anuncia en sus apartados, como la diferencia entre la épica antigua y la novela; el “nuevo” lenguaje y la estructura novelescos (un apartado, por ejemplo, se titula “La novela es lenguaje y estructura”; en el texto, Colchero no vuelve a mencionar ni la palabra ni el concepto de “estructura”); el vínculo entre el pensamiento de Erasmo, Cervantes, Joyce y la modernidad; o bien la herencia francesa, el realismo, y la índole del discurso de la novela según Fuentes.

En medio del discurso teórico surge una serie de apartados dedicados a la novedad de la narrativa de Borges, Carpentier, Vargas Llosa, Cortázar, García Márquez y Rulfo. Aquí el análisis de Colchero ofrece, en realidad, un conjunto de reseñas de reseñas, resúmenes de lo que Fuentes ha dicho sobre aquellos autores. Al volver sobre el concepto teórico de la novela, la autora afirma que se propone llegar “finalmente... a la esencia misma de la teoría de la novela de Fuentes” (p. 51), objetivo que este estudio no alcanza.

La lista de fallas tendría que incluir, además, la redacción descuidada. Hay oraciones ilegibles; subtítulos inconsistentes; citas larguísimas que dificultan la lectura; ortografía y puntuación caóticas; numerosas erratas; citas incompletas o incorrectas; ausencia de bibliografía y de nexos entre título y contenido de los apartados. No obstante esta enumeración desalentadora, reitero que la idea de rastrear una teoría de la novela de Carlos Fuentes es valiosa. Para llevar a cabo este proyecto, sería conveniente examinar los diversos enunciados críticos de Fuentes con el propósito de sintetizar conceptos abstractos. Para dar sólo un ejemplo, la autora no logra extraer de varias de las citas la función que para Fuentes tiene el tiempo en la novela. La relación entre la épica y la novela (p. 13), la modernidad de la ambigüedad en Cervantes (p. 43), y la influencia de Balzac (p. 51) son todas citas que tienen que ver, en el fondo, con el principio temporal, tan esencial para la comprensión de la índole única del discurso novelesco y de lo que es, para Fuentes, la especificidad del género novela.

El primer párrafo del siguiente capítulo de *Filtros, burbujas y brebajes* da a entender que el propósito será ilustrar la manera en que Fuentes incorpora en *Terra Nostra* el trabajo histórico de Norman Cohn, *The pursuit of the Millenium*. Tras algunas páginas, se ve que el estudio tratará, en realidad, sólo del primero de los ciento cuarenta y cuatro capítulos de la novela. Colchero proporciona una lectura amplia del texto de Cohn (con base en citas textuales que abarcan, cada una, hasta tres y cuatro páginas), y lo coteja con breves citas de las primeras páginas de *Terra Nostra* (recordemos que la novela tiene ochocientas). La autora se limita a afirmar que en ese primer capítulo, Fuentes se ocupa de la mentalidad apocalíptica, y deja implícita la relación entre el milenarismo medieval del que habla Cohn y la ficción que Fuentes hace del París de 1999.

La autora deja de lado lo que es, a mi manera de ver, la importancia del tema del milenarismo a lo largo y ancho de esta novela. Advierte que en el primer capítulo “se condensan las pautas milenaristas que regirán en toda la narración” (p. 64), pero a continuación agrega que “en el resto del relato sólo se hacen presentes algunas de éstas y la mayoría de las veces sólo son visibles a través del testimonio de terceros personajes o mediante referencias a lugares ignorados por el común de la gente”. Repite la aparente contradicción varias veces (pp. 65, 85-86, 97-98). Tal vez hubiese resultado más provechoso plantear el segundo capítulo, des-

de un principio, como un estudio de la influencia de Cohn en un relato breve que, tras su publicación en 1968, se convirtió en el primer capítulo de la novela que salió en 1975.

No es posible aquí reseñar *Terra Nostra* para demostrar, textualmente, que la huella de Cohn en el primer capítulo sigue vigente en el resto de la novela; sólo quiero advertir, como lo han hecho otros críticos, que el tema de la disidencia religiosa y la sociopolítica, junto con el énfasis en la efímera frontera entre vida y muerte y la caracterización de la mujer como bruja, son conceptos arraigados no sólo en el milenarismo que describe Cohn, sino en cada momento de *Terra Nostra*. Decir que “será ya al final de *Terra Nostra*... cuando Carlos Fuentes retome otra vez de manera expedita la idea del milenarismo” (p. 100) es ignorar la rica insistencia en el tema que vemos en la angustia de El Señor (Felipe II) ante la invisibilidad de Dios y su Verdad; en las misteriosas resurrecciones de muchos personajes; en el *leitmotiv* casi “machacón” del sacrificio y autosacrificio; en la brujería de La Señora y Celestina; en las situaciones que instauran la idea de fines y comienzos, pérdidas y ganancias, aperturas y clausuras, cambios y permanencias, etcétera.

Para el que se acerca a Colchero y quiere entender más claramente el rol de la intertextualidad en *Terra Nostra*, se recomienda, por ejemplo, el estudio de Luz Rodríguez Carranza sobre los “interpretantes autorreflexivos”, es decir, los muchos modos de sobreponer no sólo la historia de Cohn sino el sinfín de textos empíricos que Fuentes entretiene en el discurso ficticio de la novela. De gran ayuda sería también el trabajo de Ingrid Simson; el meollo de su análisis sobre realidad y ficción en *Terra Nostra* presenta claramente las correspondencias entre textos extraliterarios y literarios y las situaciones y los personajes de ficción de Fuentes. Por su parte, Kristine Ibsen (*Author, text and reader in the novels of Carlos Fuentes*, New York, 1993) recurre a varias teorías narratológicas para analizar el difícil juego de puntos de vista y voces en *Terra Nostra*. Parte de su estudio demuestra cómo la teoría de la recepción de Wolfgang Iser ayuda a desenmarañar la red de “transtextos” (intertextos) que Fuentes tiende sobre su discurso.

En los tres estudios que he mencionado, el propósito no es señalar el hecho de que un texto ajeno se haya infiltrado en el texto inmediato sino indicar cómo su presencia influye en la transmisión del mensaje —o de los mensajes— de *Terra Nostra*. De paso, ilustran las fronteras que existen entre teoría y crítica, y muestran cómo Fuentes practica en esta importante obra de ficción sus conceptos teóricos sobre la novela en general.

LINDA EGAN
University of California, Davis